

# SOBRE EL ESCEPTICISMO DE HUME

GUILLERMO LUIS PORRINI

**Abstract:** The use of the terminology “skepticism” to designate certain gnoseological and ethical trends of the modern age philosophy does not come out as totally satisfactory, having in mind the nuance that usually comes along with the word. Closed the path to fall back on the divine veracity, or else on a problematic transcendental subject, who delineates the rational intelligibility and the ethical standard, Hume found himself naturally bound to transform all certainty into opinion and therefrom is originated his skepticism.

*Habiendo de hecho (...) arribado a una conclusión que cortaba de raíz todo conocimiento, se dedicó sosegadamente al logro del conocimiento. Samuel Butler\**

La utilización del amplio término ‘escepticismo’ para designar ciertas tendencias gnoseológicas y éticas de la filosofía en la época moderna no resulta en realidad demasiado satisfactoria teniendo en cuenta el matiz despectivo con que esa palabra suele ir acompañada, como ejemplo de algo nefasto y despreciable. Además, frente a la radicalidad del escepticismo antiguo, el moderno aparece casi siempre acotado y parcial, bajo un aspecto antirreligioso o antimetafísico que atenúa su alcance y significación.

Parece lícito asimismo interpretar la reaparición del escepticismo en la época moderna como un episodio dentro de la secular polémica entre la razón y la fe. Richard H. Popkin, por ejemplo, llega a afirmar que el *Dictionnaire* de Bayle es una *Summa* en el sentido medieval, una compilación de la revolución intelectual del siglo XVII, una *Summa Pyrrhonica*.<sup>1</sup> En el artículo dedicado a Pirrón, fundador del escepticismo, Bayle tuvo la habilidad de presentar su exposición del pirronismo – imposible determinar

---

Guillermo Luis Porrini é professor de Filosofia na Universidade Nacional de Rosário, Argentina.

\* Samuel Butler, *El camino de toda carne* (1903), cap. LXXIII.

con qué grado de buena fe – como una defensa indirecta de la fe religiosa, con el pretexto de que, si los principios filosóficos nos impulsan a dudar de todo, en busca de la certeza, no nos queda otro remedio que el de volvernos de inmediato hacia la fe. Siendo ésta no racional, no debe ser defendida racionalmente, porque tampoco puede ser racionalmente atacada, máxime cuando toda investigación racional conduce inexorablemente al pirronismo.

Este extraño pirronismo fideísta, como lo llama Popkin, pronto invadió a Europa y se vió reforzado por la aparición póstuma de *La Faiblesse de l'Esprit Humain* (1723) de Pierre-Daniel Huet, quien se atrevía a encontrar en el pirronismo la vía regia hacia el verdadero catolicismo.

En un medio infestado de pirronismo – el *Tratado de la naturaleza humana* fue escrito en Francia – David Hume heredó el problema que Bayle y Huet no habían podido resolver: ¿cómo conciliar la fuerza destructiva de los argumentos pirrónicos con las creencias más o menos firmes que sostienen la vida cotidiana? Este es el planteo de Popkin, quien no deja de advertirnos que el escepticismo de Hume es muy distinto del de Bayle, por el carácter constructivo del primero en contraste con el sesgo destructivo del último.

Hume habría comprendido, como Huet, la necesidad de creencias que experimenta el escéptico fuera de sus momentos de lucidez crítica. Sólo que Hume no procuró cubrir esa necesidad mediante el auxilio de creencias religiosas, sino más bien de creencias puramente naturales basadas en impulsos psicológicos irresistibles. Acierta entonces N. Kemp Smith al discernir en Hume un naturalismo más que un escepticismo.<sup>2</sup>

Múltiples factores se conjugan para hacer del escepticismo de Hume un tema semejante a una intrincada maraña en la que es fácil entrar pero muy difícil salir, a no ser por la puerta falsa de una solución provisoria o inconvincente. A fin de despejar equívocos hay que señalar que, si bien puede hablarse de una 'crisis pirrónica',<sup>3</sup> Hume tendió rápidamente a encauzarse en un academismo probabilista que André-Louis Leroy juzga muy cercano al espíritu científico.<sup>4</sup> No menos inaceptable es la concesiva

1. Richard H. Popkin. *The skeptical precursors of David Hume*, Philosophy and Phenomenological Research, Vol. XVI, N. 1, September 1955, 61-71.

2. Ezequiel de Olaso. *El escepticismo antiguo en la génesis y desarrollo de la filosofía moderna*, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, Vol. 28.

3. Ezequiel de Olaso. *Escepticismo e Ilustración*, Universidad de Carabobo, Venezuela, 1981, Cap. 1, La crisis pirrónica de Hume.

4. André-Louis Leroy. *David Hume*, Paris, P.U.F., 1953, p. 199.

hipótesis de un escepticismo 'mitigado' o moderado. Este punto de vista es expresamente desechado por Constance Maund, según la cual habría dos tipos de escepticismo: uno crítico, que Hume rechaza, y otro positivo, por el cual aboga. La misma estudiosa llega a reconocer que "la teoría escéptica de Hume es única en la historia de la filosofía".<sup>5</sup>

El mayor riesgo que se corre, a mi ver, al estudiar el escepticismo de Hume es pretender subsumirlo bajo una suerte de 'sistema escéptico' que fuera un modelo perfecto y acabado, dado de una vez para siempre, para ver en qué medida se ajusta o deja de ajustarse a él. Lo contrario, pensar que cada pensador es único y no se parece a nadie, no es menos insatisfactorio y arbitrario. Me parece lo más sensato intentar una reconstrucción histórica del pensamiento que se encara, para tratar de hallar de esa manera el motivo de ciertas opciones metódicas que sólo cobran sentido desde la visualización de un proyecto científico o filosófico que las incluye.

Ese es el enfoque fundamental de James Noxon, que en su *Hume's Philosophical Development* (1973)<sup>6</sup> trazó un ajustado desarrollo del tema. Comienza por presentar un cuadro del ambiente científico dominado por el espléndido logro de Newton, que audazmente vino a integrar y coronar los esfuerzos de Copérnico, Galileo y Kepler en pos de un sistema del mundo físico. Nada más natural entonces que aquellos pensadores encaminados hacia el estudio de las hoy llamadas 'ciencias humanas' (moral, política, historia), como es el caso de Hume, que dijo: "la Naturaleza Humana es la única ciencia del hombre y, sin embargo, ha sido hasta ahora la más descuidada",<sup>7</sup> se hayan sentido fuertemente inclinados a intentar la aplicación del método experimental en el campo de sus elucubraciones, como palmariamente lo manifiesta el subtítulo del *Tratado*: 'Intento de introducir el método experimental de razonamiento en las cuestiones morales'. Esta influencia está tan vastamente atestiguada por los estudiosos de Hume, que no es necesario abundar en ella. Baste observar que la teoría psicológica del asociacionismo de las ideas, que de algún modo es el sistema categorial de Hume, es comparable a la atracción gravitacional newtoniana. Ambos son explicaciones mediante

5. Constance Maund. *On the Nature and Significance of Hume's Scepticism*. Revue Internationale de Philosophie, 1952, Fascicule 2 (20), p. 171.

6. James Noxon. *La evolución de la filosofía de Hume*, Madrid, Revista de Occidente, 1974.

7. David Hume. *Tratado de la Naturaleza Humana*, I, Trad. Margarita Costa, Buenos Aires, Paidós, 1974, p. 390. Todas las citas del Tratado corresponden a esta edición.

hechos observables que no necesitan 'causas ocultas' detrás de sí. La lección que las ciencias humanas pueden aprender del método experimental es la de eliminar el método deductivo *a priori* propio del racionalismo. Hasta es posible hallar en Hume un optimismo excesivo sobre el objeto de la ciencia que lo preocupa:

Aunque el mundo intelectual esté envuelto en infinitas oscuridades, no está lleno de contradicciones tales como las que hemos descubierto en el mundo natural. Lo que se sabe de él es perfectamente coherente, y en cuanto a lo desconocido, debemos conformarnos con dejarlo así" (*Trat.* p. 341).

Entre las contradicciones del mundo natural se encuentra, sin duda, la infinita divisibilidad del espacio.

Según Noxon, el intento de introducir el método experimental en los temas morales, teniendo en cuenta sobre todo el enfoque psicologista predominante, era impracticable y fue progresivamente abandonado por Hume. También hay que mencionar la presencia en el filósofo de una intención contraria al propósito teológico de los newtonianos, aunque no sin base en el propio Newton, que pretendía adornar de prestigio científico el viejo argumento teológico de la existencia de Dios. Esto será impugnado por Hume en sus *Diálogos sobre la religión natural*, aparecidos póstumamente en 1779, pero redactados mucho antes. Una fuerte inclinación contraria a la religión apartaba a Hume de toda posible complicidad con ese tipo de pensamiento.

Otra dificultad que trabó el desarrollo del proyecto humeano fue la falta de apoyo experimental de sus investigaciones.

Una cosa es planear un experimento que nos permita observar si las cosas ocurren o no de hecho tal como lo predice una hipótesis y otra, muy distinta y poco científica, es ilustrar una hipótesis mediante acontecimientos ficticios.<sup>8</sup>

Por estas razones el *Tratado* estaba predestinado al fracaso que conocemos, y por eso Hume lo desestimó y trató de reescribirlo. Era naturalmente imposible conciliar en un sistema único los elementos críticos y los constructivos, es decir, la pretensión lógica con la utilería conceptual psicológica. Era inevitable que el resultado de estos desequilibrios fuera un

8. James Noxon. *Evolución*, ed. cit. p. 121.

total escepticismo sobre los fundamentos racionales de la ciencia tal como el que se manifiesta en la cuarta parte del libro I del *Tratado*.

Resulta sorprendente entonces advertir que una especie de inversión de la situación comparable a la que permitió a Descartes emerger velozmente del abismo sin fondo de la duda, aunque en este caso de mucho menor velocidad, permite a Hume convertirse de “psicólogo experimental en historiador filosófico”. Dicha metamorfosis está ya completada, según Noxon, a la publicación de los *Political Discourses* en 1752.<sup>9</sup> Entre ellos incluye Hume importantes contribuciones a la economía política que fueron apreciadas por Marx por su posición antimercantilista. En estas materias tenía Hume convicciones claras, del todo ajenas a las perplejidades y vaivenes escépticos. Así lo decía en *Trat.* p. 284:

El mismo argumento que hubiera resultado convincente en un razonamiento acerca de auntos históricos o políticos tiene poca o ninguna influencia en estos temas más abstrusos (metafísicos), aun cuando se lo comprenda perfectamente.

Y en uno de esos ensayos expresa resueltamente que

... aunque una apelación a la opinión general pueda ser considerada con razón, injusta y no concluyente en las ciencias especulativas de la metafísica, la filosofía natural o la astronomía, sin embargo, en todas las cuestiones que hacen referencia a la moral, así como a la crítica, no existe realmente ninguna otra norma por la cual pueda decidirse una controversia.<sup>10</sup>

Esa opinión general, por otra parte, según Hume, es el único fundamento de todo gobierno, tanto de los despóticos como de los libres y populares. En este campo y gracias al escepticismo, Hume se ha desembarazado de las doctrinas que legitiman el poder político mediante fundamentos teológicos o apelaciones a una inasible ‘naturaleza humana’ concebida como substancia.

Esa mutación (nunca completa) de Hume desde la filosofía hacia las ciencias humanas ya había sido señalada entre nosotros por Juan Adolfo Vázquez:

---

9. James Noxon. *Evolución*, ed. cit. p. 37.

10. David Hume. *Ensayos Políticos*, compilación e introducción de Charles W. Hendel, México, Herrero Hnos., Sucs., S.A., p. 67.

... su labor como historiador de la vida inglesa y de las formas religiosas son consecuencia o, mejor, parte de su actitud positiva, muy antimetafísica y muy filosófica. Con Hume la filosofía hace el primer intento de abandonar *the high a priori road*, la peraltada vía de la razón pura, herencia secular de vocación teológica y geométrica, y comienza la indagación de las ciencias del espíritu.<sup>11</sup>

Con todo, esta consideración de los efectos saludables del escepticismo de Hume, tan profusamente vilipendiado, aparece como valorándolo sólo desde el exterior, sin penetrar en sus problemas intrínsecos, en los cuales se deberá seguir indagando.

La cuarta parte del libro I del *Tratado*, dedicada al escepticismo, comienza con una sección sobre el escepticismo respecto de la razón y sigue con una sección sobre el escepticismo respecto de los sentidos. Esta ordenación subvierte el planteo tradicional según el cual lo primero que se debe poner en duda son los datos sensibles y así procedió Descartes en sus cavilaciones. Hume, en cambio, empieza dudando de la certeza que proporcionan las ciencias demostrativas. En ellas, la naturaleza del objeto y la debilidad de nuestras facultades reducen todo conocimiento a mera probabilidad, sólo acrecentable por adición de nuevas probabilidades. El agente que induce a la exacerbación de la duda es el hecho de que podemos equivocarnos en la apreciación de la confiabilidad de nuestras facultades. Este verdadero 'genio maligno' es capaz de reducir a la nada toda nuestra certeza. Ocurre entonces la decidida protesta de Hume contra quienes lo sindicaron como perteneciente a la secta de los escépticos:

La naturaleza nos impulsa a juzgar como a respirar y sentir, por una necesidad absoluta e incontrolable, y no podemos evitar que ciertos objetos se nos presenten con mayor plenitud e intensidad en virtud de su conexión habitual con una impresión actual, así como no podemos dejar de pensar mientras estamos despiertos o de ver los objetos que nos rodean cuando dirigimos la vista hacia ellos a la luz del sol. (*Trat.* p. 281)

Sabemos ya que esa vivacidad agregada a una impresión actual por medio de la costumbre es para Hume la *creencia* (*Trat.* I, III, 7), cosa que

11. Juan Adolfo Vázquez. *Para la interpretación de Hume*, SUR, N. 122, diciembre 1944, pp. 39-47.

según confiesa le resulta imposible explicar, aunque todos entendemos de qué se trata. En la cuarta parte del *Tratado*, Hume añade – y subraya – un rasgo decisivo “la creencia es más propiamente un acto de la parte sensitiva de nuestra naturaleza que de la cogitativa.” La sección que sigue (I, III, 8) trae algo no menos importante:

En esta operación del espíritu no intervienen sino una impresión presente, una idea vivaz y una relación o asociación en la fantasía entre la impresión y la idea, de modo que no puede haber sospecha alguna de error. (*Trat.* p. 173)

Si, de acuerdo al esquema del escepticismo antiguo, quisiésemos plantear entre la razón y la creencia una equipolencia de razones (*isosthêneia*), a la que suceda una suspensión del juicio (*epokhê*) para arribar así a la ansiada paz del alma (*ataraxía*) nos sería completamente imposible, pues la razón no puede tener la misma fuerza que la creencia, lo que sucedería en el caso de que ésta fuese un simple acto del pensamiento. Si esto sucediese, no habría manera de evitar la suspensión del juicio, que lejos de traer la paz, sería la bancarrota del pensamiento. Hume, por lo demás, está muy lejos de compartir el ideal de alcanzar la paz del alma mediante el no saber. Esa especie de ‘gnoseología negativa’ era la perfecta antítesis de las ideas de la Ilustración. Piénsese nada más en la gran estima que sintieron por Hume los enciclopedistas, tan imbuídos del ideal del progreso de las ciencias positivas.

En lugar de ser fuerzas equipolentes, el esfuerzo por razonar una creencia sólo puede acarrear su debilitamiento, puesto que

la creencia, por ser una concepción vivaz, nunca puede ser pura si no está fundada en algo fácil y natural. (*Trat.* p. 284)

Sobre la razón, que no sólo es, sino que sólo debe ser ‘esclava de las pasiones’ no puede omitirse la referencia del *Trat.*, II, III, 3, pasaje en el que se cifra, según Kemp Smith, toda la filosofía humeana.

La crítica al escepticismo que señalamos no implica necesariamente que Hume lo dé por refutado con el consabido argumento de que, si los argumentos pirrónicos son fuertes, prueban la fortaleza de la razón que los elaboró; y si son débiles, no pondrán en serio aprieto las conclusiones de la misma razón. De la misma manera, suele rebatirse el escepticismo alegando que la proposición (dogmática, por lo demás): ‘nada puede saberse’ es autocontra-dictoria. El pasaje correspondiente es comentado por Richard H. Popkin como sigue:

Hume sostiene que los razonamientos escépticos son siempre tan firmes como aquellos a los que se oponen, puesto que cualquier conclusión dogmática permite una respuesta escéptica. Una cuestión incontestable puede ser fundada (orig. 'asked') sobre cualesquiera máximas dogmáticas que se usen. Si las máximas dogmáticas son invalidadas por los argumentos escépticos, entonces son invalidados tanto los argumentos escépticos como las conclusiones dogmáticas, y no solamente las primeras.<sup>12</sup>

También aquí la equipolencia aparece como insostenible; si los argumentos escépticos vencen, lo hacen a expensas de la razón, pero luego terminan destruyéndose, pero no por obra de la razón, sino de la naturaleza, o sea de las creencias. Acierta sin duda Ezequiel de Olaso al dar como un supuesto de Hume la conmensurabilidad de pirronismo, academicismo y dogmatismo.<sup>13</sup>

Aunque contrarios en su ejercicio y tendencia, los razonamientos escépticos y dogmáticos son de la misma clase. (*Trat.* p. 285)

Si no lo fuesen, acotamos, no podrían contender entre sí.

De la sección II 'Acerca del escepticismo con respecto a los sentidos' admite Constance Maund que es "un conglomerado de confusiones, contradicciones e inconsistencias",<sup>14</sup> parte de las cuales proviene, según ella, de que la palabra 'escepticismo' se ha aplicado siempre al conocer, no al sentir o al percibir. Por consiguiente, el tema no será el de la verdad de las sensaciones, ni la existencia o no existencia de los cuerpos, sino las *causas* que a través de las sensaciones *nos inducen a creer en la existencia de los cuerpos*, subraya Hume. Así lo confirma Cassirer:

Todo el tema sobre el cual gira aquí su investigación es, no la existencia de las cosas, sino única y exclusivamente la *creencia* en esa existencia, que constituye para él, ciertamente, un hecho firme que ninguna argumentación podría desvirtuar. Lo único que le interesa comprender es el nacimiento psicológico de esa creencia; en cambio no le preocupa en lo más mínimo el problema *metafísico* de la existencia absoluta, no porque

12. Richard H. Popkin. David Hume. *His Pyrrhonism and his Critique of Pyrrhonism*, en "Hume, a collection of critical essays," New York, Anchor Books, 1966. Traducción Andrés Huertas, en Cuadernos de Filosofía y Letras, Bogotá, Colombia, N. 14, 1989. Orig. 88, trad. 75.

13. Ezequiel de Olaso. *Escepticismo e Ilustración*, ed. cit. p. 35.

14. Constance Maund. art. cit. p. 174.



lo resuelva de antemano en sentido positivo, sino porque se sale completamente, según él, del marco de los problemas que legítimamente pueden ser planteados.<sup>15</sup>

La creencia en una existencia continua y distinta de los objetos no puede ser derivada de los sentidos ni de la razón, ni tampoco de la imaginación. Simplificando mucho, viene a decir Hume, sólo tenemos certeza de las percepciones, únicos objetos para nosotros. De la existencia continua y distinta (ambas notas se implican) de los objetos sólo podemos tener creencia, no certeza. Sólo unos escépticos extravagantes e insinceros se han atrevido a sostener opiniones contrarias a éstas. Hume repudia asimismo la ‘hipótesis filosófica’ de la doble existencia de percepciones y objetos, que quiere conformar imparcialmente a la razón y a la imaginación, atribuyendo la discontinuidad a las percepciones y la continuidad a los objetos. Ambos sistemas son inconciliables, pero podemos – y de hecho lo hacemos – pasar alternativamente de uno a otro. La relación causa/efecto no nos permite inferir la existencia de objetos externos a partir de nuestras percepciones. Eso es obra de la fantasía, que toma todas sus ideas de alguna percepción anterior. Volvemos a cimentar todo saber en la creencia en los sentidos y en la imaginación; no podemos concebir que los objetos tengan una naturaleza distinta de la de nuestras percepciones. La duda escéptica parece triunfar una vez más, como un mal incurable o un destino psicológico del que es imposible escapar. Tal vez convenga aquí citar las palabras de Ortega: “En la duda se está como se está en un abismo, es decir, cayendo”<sup>16</sup> para entender el estado de ánimo en que Hume se encuentra, tan similar al de Descartes antes del *cogito*, sólo que en el caso del primero la situación no admite otra salida que una mutación de estado de ánimo, un paso a la distracción, a la desatención.

La cuarta parte del libro I del *Tratado* incluye las profundas críticas a la teoría de la inmaterialidad del alma y a la identidad personal, que no examinaremos. La conclusión del libro encuentra a Hume sumido en desesperada perplejidad, alejado de todas las opiniones aceptadas y sin ninguna posición firme en nada. “Después del más riguroso y exacto de mis

15. Ernst Cassirer: *El problema del conocimiento en la filosofía y en las ciencias modernas*, México, F.C.E., Tomo II, p. 322, nota 33.

16. José Ortega y Gasset. *Ideas y creencias*, I, 3.

razonamientos, no puedo dar ninguna razón de por qué deba asentir a él" (pág. 381). El único principio de la memoria, los sentidos y el entendimiento es la imaginación y la vivacidad de nuestras ideas, principios falaces e inconstantes. Hume enfrenta el tremendo dilema de que no podemos confiar ni en los falibles impulsos de la imaginación ni en los mecanismos autodestructivos del entendimiento.<sup>17</sup> Ni siquiera tenemos un criterio para elegir una de las dos posibilidades. Si pensáramos en establecer como máxima general la abstención de razonamientos sutiles o elaborados, nos atascamos en la contradicción de que esa máxima, aniquiladora de toda ciencia y filosofía, se aniquila a sí misma por sutil y metafísica. Hume declara simplemente que no sabe qué hacer en ese caso. Con todo, lo que la razón no logra lo consigue la naturaleza, que con diversiones disipa las incertidumbres. Más que una convicción filosófica, el escepticismo es una actitud vital que debe colorear toda la existencia humana. No nos lleva a evitar el pensamiento, pero sí a ejercitarlo por gusto. Hasta podría hablarse de una *estetización* de la vida por obra de principios escépticos:

Así, pues, todo razonamiento probable no es sino una especie de sensación. No sólo en música y poesía, sino también en filosofía debemos dejarnos guiar por nuestro gusto y sentimiento. (*Trat.* p. 175)

Tal vez sea posible pensar, entonces, que hemos alcanzado al menos una forma de *ataraxía*. El verdadero escéptico es aquél que desconfía tanto de sus dudas como de sus convicciones filosóficas, el que es capaz de ceder a la tendencia a estar convencido acerca de algunos *puntos determinados* en un *momento determinado* (Hume subraya), pues no creer nunca en nada es dogmatismo.

Estas consideraciones nos inducen a considerar favorablemente la tesis de Richard H. Popkin, según quien Hume ofrece la única versión 'consistente' del escepticismo pirrónico, más consistente incluso que la de Sexto Empírico. Popkin establece esto a través del examen de las numerosas críticas de Hume a los escépticos pirrónicos. Estas críticas pueden resumirse en la famosa frase dedicada a los argumentos de Berkeley: *no*

17. Yves Michaud *Haw to become a moderate skeptic: Hume's way out of Pyrrhonism*, Hume Studies, Volume XI n. 1, April 1985, p. 37.

*admiten respuesta y no producen convicción.*<sup>18</sup> Así el pirronismo es irrefutable racionalmente, pero es inocuo en el plano de las creencias de la vida cotidiana. Su resultado debería ser la completa suspensión de opiniones. Si eso no sucede es porque la naturaleza no lo consiente. El ejercicio del pirronismo no tendría otra consecuencia que la destrucción de quien lo intentara. Popkin declara que Hume encontró la mezcla adecuada de dogmatismo y escepticismo, de creencia y suspensión del juicio. Por ejemplo, no podemos suspender el juicio sobre el movimiento, en el que tenemos una fuerte inclinación natural a creer, en virtud de que es incomprendible por la razón. Si el pirrónico exigiera en ese caso la suspensión del juicio, estaría obrando dogmáticamente. Si bien los pirrónicos fueron demasiado dogmáticos, fueron también demasiado escépticos, precisamente por evitar el primer extremo.

El antiguo escéptico – dice Popkin – que no quería ser dogmático en ningún momento, confundía su deseo de evitar el dogmatismo a nivel epistemológico con su propensión natural a declarar dogmáticamente sus opiniones del momento.<sup>19</sup>

A nuestro entender, lo que el pirrónico determina dogmáticamente es la equipolencia de las opiniones contrarias, de las que no hay modo de saber que valen lo mismo. Puede pensarse que los *objetos* del pirrónico se oponen de una manera más fuerte que las *creencias* de Hume. Por detrás de sus coincidencias, habrá entre ambos una diferencia gnoseológica fundamental: el pirrónico no es fenomenista<sup>20</sup>; Hume sí lo es: “las únicas cosas existentes de que tenemos certeza son las percepciones.” (*Trat.* p. 316)

Hume, sin embargo, insiste en considerar que dogmatismo y escepticismo son actitudes conmensurables:

La única diferencia entre estas sectas, si es que merecen tal nombre, reside pues en que el escéptico, por hábito, por capricho o por inclinación insiste más en las dificultades, mientras que el dogmático, por razones similares, insiste en la necesidad.<sup>21</sup>

18. David Hume: *Investigación sobre el entendimiento humano*, trad. Juan Adolfo Vázquez, Buenos Aires, Losada, 1939, p. 209, nota 1.

19. Richard H. Popkin: art. citado, orig. p. 79, trad. p. 93.

20. Ezequiel de Olaso: *Escepticismo e Ilustración*, p. 44.

21. David Hume: *Diálogos sobre la religión natural*, trad. esp. M.A. Quintanilla, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1974, p. 187. Citado por Popkin en art. cit. orig. 97, trad. 82.

El punto de vista de Popkin, según el cual Hume fue el pirrónico absoluto porque pudo aceptar alternativamente los dos papeles complementarios: el de escéptico y el de dogmático, nos permite entender la alternancia del Hume hipercrítico de sus tratados filosóficos con el Hume constructivo de sus ensayos políticos y económicos.

El tratamiento del escepticismo en la *Investigación sobre el entendimiento humano* difiere en varios puntos de la del *Tratado*. Coloca en primer lugar el escepticismo sobre los sentidos y luego el concerniente a la razón. El testimonio de los sentidos no es totalmente desechable; basta que sean corregidos por la razón. El problema de la conexión entre las percepciones y los objetos permanece insoluble y se rechaza expresamente el recurso a la veracidad divina. No es aceptable la división entre cualidades primarias y secundarias, con lo cual la materia queda reducida a un *algo* inexplicable. En cuanto al razonamiento abstracto, los problemas derivan de la naturaleza del espacio y del tiempo y la infinita divisibilidad de la extensión. La objeción al escepticismo es de índole pragmática:

ningún bien durable puede resultar del escepticismo *extremado* mientras se mantenga en toda su fuerza y vigor. Sólo tenemos que preguntar a un escéptico semejante *cuáles son sus intenciones y qué se propone con todas estas curiosas investigaciones ... un pirrónico no puede esperar que su filosofía tenga ninguna influencia constante sobre el espíritu, o si la tuviera, que fuese beneficiosa a la sociedad. Por el contrario, debe reconocer – si es que va a reconocer algo – que toda la vida humana debería perecer si sus principios fueran a prevalecer firme y universalmente.*<sup>22</sup>

Con lo cual parece desconocer Hume que el pirrónico no está condenado a la inacción; no es impasible; sólo desea la extinción de las perturbaciones evitables. Además, según la regla de vida de Sexto Empírico, hay que admitir la guía de la naturaleza, la presión de los instintos y pasiones, la tradición de costumbres y leyes y la instrucción en las artes.<sup>23</sup>

En general se nota en la *Investigación* una mayor inclinación hacia la filosofía académica que en el *Tratado*.

El ensayo *El escéptico*, publicado en los *Essays Moral, Political and Literary* (1742) que fueron el primer éxito editorial de Hume, forma parte

22. David Hume. *Investigación*, ed. cit. p. 215.

23. Ezequiel de Olaso. *Escepticismo e Ilustración*, p. 46.

de cuatro retratos filosóficos, junto con el epicúreo, el estoico y el platónico, hoy relativamente poco conocidos. Se asegura que en el escéptico aparece una identificación algo velada del mismo Hume. Más que gnoseológico, el tono del ensayo es moral y su pasaje más interesante es la demolición escéptica (que acá quiere decir exclusivamente 'descreída') de algunos célebres 'tópicos filosóficos de consolación' con acentos que parecen anunciar las críticas de Nietzsche a la moral estoica. A juzgar por el párrafo final del ensayo, sería lícito conjeturar que Hume alcanzó una fase de desasimiento equiparable a la anhelada *ataraxía*:

En una palabra, la vida humana se halla más gobernada por la fortuna que por la razón; ha de ser considerada más como un aburrido pasatiempo que como una ocupación seria; y se halla más influida por el humor que por principios generales ... Someter la vida a una regla y método exacto es, por lo común, una ocupación dolorosa y a menudo infructuosa... Incluso razonar de forma tan cuidadosa sobre ella sería sobreestimarla, si no fuera porque, para algunos temperamentos, esta ocupación es una de las más entretenidas en las que posiblemente podría emplearse la vida.<sup>24</sup>

Podría añadirse algo sobre una posible raíz programática, ilustrada, del escepticismo humeano. Estamos convencidos de algo cuando una idea influye más vivazmente en nosotros, en nuestros sentimientos. Cassirer aplica ese principio al capítulo sobre los milagros. Desde el punto de vista psicológico, la naturaleza humana presenta una gran inclinación a creer en lo milagroso. Sólo consideraciones de otro origen nos obligan a atenernos 'rigurosamente al principio de la total determinabilidad y sujeción a leyes del acaecer de la naturaleza.'<sup>25</sup> Sólo podemos creer que en el futuro la naturaleza se comportará como en el pasado, pero esa creencia se ve considerablemente reforzada sin duda por motivos morales capaces de ordenar la realidad con mayor coherencia y regularidad.

Pese a su reconocimiento en los *Prolegómenos*, Kant no dejó de observar que Hume no pasó del plano antropológico, no llegó al nivel de lo trascendental, superación de lo sensible y de lo lógico formal, por no

24. David Hume. *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos* (Ed. bilingüe) trad. J.L. Tasset Carmona, Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 275-77.

25. Ernst Cassirer. *op. cit.* p. 318.

haber admitido el valor absoluto de la geometría de Euclides y de la física de Newton.<sup>26</sup>

Para Husserl la valoración final es ambigua:

lo importante del escepticismo de Hume, de este subjetivismo sensualista consecuente es que, aunque no contiene ninguna proposición que pueda ser sostenida científicamente, es una filosofía intuicionista y puramente inmanente y, así, una forma preliminar de la única filosofía intuicionista auténtica, la fenomenología.<sup>27</sup>

En resumen, cerrado el camino del recurso a la veracidad divina o a un problemático sujeto trascendental que proyecte la inteligibilidad racional y la normatividad ética, Hume se vio naturalmente conminado a transformar toda certeza en opinión y esto deriva inevitablemente en escepticismo.

---

26. André-Louis Leroy. *op. cit.* pp. 315-16.

27. Edmund Husserl. *Filosofía primera (1923-24)*, trad. esp. Rosa E.S. de Ilhau, Colombia, Grupo Editorial Norma, 1998, p. 313.